

En la casa Loynaz

Para Olga Marta Pérez

Las más bien modestas esculturas del patio
recobraron sus cabezas
durante la restauración que de paso
sopló polvo y carcoma
centenarios
de las salas concebidas para bailes.

Sobre la tarde dormita el dulce celador
en su silla de playa
y los grifos de mármol de la fuente
muestran sus bocas abiertas
terminadas en tubos
de metal innoble.

En días señalados manan agua
los grifos con sus caras estúpidas
de susto elemental.

Si alguien a esta hora me buscara
por toda la ciudad
cómo sospecharía que me encuentro
bajo campanas azules florecidas de abejas
en la antigua cochera de la casa Loynaz
escuchando a dos muchachas
conversando en inglés
acerca de la rumba.